

Miguel Morey

Hotel Finisterre



Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

Hotel Finisterre

Miguel Morey

Hotel Finisterre

precedido por
Camino de Santiago

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

Camino de Santiago
Esperpento

He consumido muchos años mirando cómo todas las cosas se mudaban y perecían, ciego para ver su eternidad. Era tan firme el cimiento de mi egoísmo, que sólo alcanzaba a conocer aquello que en algún modo guardaba relación con los afanes de cada hora, y los sentidos aprendían coordinados con ellos, sin desvincularse jamás, sin poder rasgar los velos que ocultan el enigma místico del Mundo. Ciego, sin la luz de amor que hace eternas todas las vidas, fui como un hombre condenado a caminar por arenales, entre ráfagas de viento que los trasmudaban. Hallé y gocé como un pecado místico la mudanza de las formas y el fluir del Tiempo. Años enteros de mi vida eran evocados por la memoria, y volvían con todas sus imágenes, llenos de una palpitación eterna. El momento más pequeño era un sésamo que guardaba sensaciones de muchos años. Mi alma desprendida volaba sobre los caminos lejanos, los caminos otras veces recorridos, y tornaba a oír las mismas voces y los mismos ecos. Yo tenía un terror sagrado al descubrir mi sombra inmóvil, guardando el signo de cada momento, a lo largo de la Vida.

El Tiempo era un vasto mar que me tragaba, y de su seno angustioso y tenebroso mi alma salía cubierta de recuerdos como si hubiese vivido mil años. Yo me comparaba con aquel caballero de una vieja leyenda santiaguista, que habiendo naufragado, salió de los abismos del mar con el sayo cubierto de conchas. Los instantes se abrían como círculos de largas vidas, y en este crecimiento fabuloso todas las cosas se revelaban a mis sentidos con la gracia de un nuevo significado. Cada grano de la espiga, cada pájaro de la bandada, descubrían a mis ojos el matiz de sus diferencias, inconfundibles

y expresivos como rostros humanos. Yo conocía fuera de la razón utilitaria, transmigraba amorosamente en la conciencia de las cosas y rompía las Normas. Mis ojos y mis oídos creaban la Eternidad.

RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN,
La lámpara maravillosa

PARECÍA QUE NO IBAN A ANUNCIAR NUNCA la puerta de embarque de tu vuelo y, he aquí, viajero, que tras haber superado un complejo archipiélago de esperas, indicaciones y procedimientos, has conseguido aposentarte por fin en el avión, en un asiento en principio confortable, junto a la ventanilla, observando con alivio cómo permanecen vacías las plazas vecinas, mientras recibes las últimas instrucciones: los cinturones, por favor, y no fumen.

Obedecer maquinalmente – los dedos torpes tentando el broche de acero, codazos leves en derredor y rumor de periódicos, toses y tintineos.

Proceder: la nuca contra el respaldo del asiento, el mentón al frente, las piernas cruzadas. Forzado reposo.

Atender: despegue inmediato.

Y luego, esa sensación de velocidad pura, abstracta – ascensor ultramoderno que te aplasta contra el suelo con un zumbido, taponando de agua tus oídos: encajonado en un universo perfecto de paredes lisas y sin remaches, no sabes a fin de cuentas si te elevas o caes. Miras por la ventanilla y he ahí la tierra inclinándose: las casas, los campos cambian sus perspectivas, se estilizan como maquetas, se achican, se achican aún más.

Luego de repente: nada.

Las nubes te envuelven.

Nada.

Se diría que tan sólo el movimiento continúa presente.

ESTÁS EN MOVIMIENTO, dentro de un movimiento que, en un arrebató de ingenuidad, te gustaría calificar de total: sin más allá, porque precisamente es el puro ejercicio del más allá y más allá todavía.

Sensación de velocidad pura, abstracta – vértigo de un mero ir dejando atrás aquello mismo que te aguarda delante: puro pasar.

Y sin embargo, se ha hecho a tu alrededor un vacío que parece colocarte en un dominio inextenso y sin duración. Tan sólo un zumbido, y tú ahí sentado en algún lugar dentro de este gigantesco acondicionador de aire – y nada, ni las naranjadas, ni los periódicos, ni el humo de los primeros cigarrillos, nada es ya real, absolutamente nada.

Te pierdes, pierdes pie, sustrayéndote al curso ordinario de las cosas...

Estás volando en el vientre de un espejismo y no sabes a ciencia cierta cuál, ni cómo has descubierto que es un espejismo: es como una evidencia que ha nacido en la boca de tu estómago y en su ascenso se te ha ido imponiendo lentamente, como a pesar tuyo. Es la única certidumbre que tienes ante el engaño generalizado que te rodea: el único asidero en medio de este endemoniado baile de simulacros.

ESTÁS VOLANDO, y sin embargo se diría que notas la tierra bajo tus pies cuando el avión cabecea. Tu sentido de la realidad registra los desniveles del terreno con una minuciosidad sorprendente, y sigues percibiéndolos aún cuando, para deshacerte de esta impresión, miras por la ventanilla y dejas vagar la vista por el espeso manto de nubes que se extiende a tus pies, unos cientos de metros más abajo.

¿A tus pies?

No, no es posible. Hasta tal punto se te impone esa sensación como de autobús de lujo recorriendo un camino de tierra, cruzando un pedregal: saltando sobre los baches sin un quejido, obstinadamente. Con una decisión tan ciega que resulta preocupante, y buscas con la mirada en los ojos del

otro una serenidad que desmienta esa desdibujada sospecha que, en su repetirse, amenaza con hacerse absurdamente presente. Pero, no hay miradas, si exceptúas las profesionales, llenas de la solicitud que cohibe – tan sólo ojos muertos, submarinos, aparentemente ocupados en distraer esta tensión, dirías: soñando con el aterrizaje, el momento del alivio, volver a casa, a alguna casa, a algún lugar donde haya casas y hombres. Donde sea, pero lejos de esta blanda presión que te oprime, buscando acabar contigo con una cruel paciencia, como empequeñeciendo todo el entorno: avioncito de juguete, todo de plástico, con sus muñecos articulados sentados en los asientos. Si pudieras saber a qué escala está construido, en qué medida tiene que ver con la realidad. Cuál es esa proporción de poco de realidad que hace que, aunque precaria e intermitentemente, a pesar de los pesares exista – sin confundirse con esa nada pura y simple que grita su letanía bajo nosotros. Porque eso sí que es evidente: sabes que es la nada y no la distancia que nos separa de la tierra, ni la altura en la que nos encontramos, quien provoca el vacío húmedo que recorre hormigueante las yemas de tus dedos, la palma de las manos, las axilas tal vez.

¿Podría llamarse así, la nada, ese volumen ambiguo que ocupa tu garganta pugnando por salir afuera: silbido o grito – sin nombre...?

Como un médium demasiado torpe, o un abandonado muñeco de ventrílocuo, te ves ahí sentado, lleno de este vacío que se ha encarnado en ti para que lo nombres, te sueñas con la boca abierta a punto de nombrarlo, a punto de hacer que ese pedazo de la gran Nada que te rodea exista por el conjuro de tu voz. Pero no cede a tus esfuerzos esa sensación ciega, sin representación posible.

Lo intentas: ¿qué pasa?, ¿qué es lo que pasa?

No hallas una palabra, una representación – hasta tal punto hay tantas que parecen convenirle y todas igualmente engañosas.

Insistes, sin embargo: ¿qué me pasa?, ¿qué es lo que me pasa?

Estás volando y lo que te rodea vuela también a tu alrededor: fenómenos que carecen de la solidez necesaria como para asirlos, cuya escala no tiene la rigidez imprescindible para que puedan quedar encofrados en una representación, demasiado lábil su medida, apenas un fluido todo.

Una intensidad llena de imágenes...

TE VES COMO EN UNA ESPECIE DE CALLEJÓN SIN SALIDA.

Siguiendo el anillo del caracol justamente en la dirección contraria: cada vez más lejos del centro.

Apenas te das cuenta, la situación se te hace agobiante – ¿puede ser que estés siendo presa de lo que llaman un ataque de ansiedad, podría ser? En cualquier caso, el agobio existe, insiste, y te decides entonces: bien, digámoslo claro, tienes miedo. Miedo, sí, pongamos. Y un poco te lo dices como quien pide una baza en un juego, por ver si, porque se te ha ocurrido que tal vez, aunque no es exactamente miedo, piensas. Porque es un miedo sin otro, radicalmente distinto de ese que es señal de alarma ante la inminencia de un peligro: la punta de una navaja, la mirada del agresor. Ni siquiera es la posibilidad de un accidente lo que te produce este frío vértigo, tan especial este vacío – en todo caso, no es la causa, aunque bien podría ser una de sus manifestaciones, y no la peor, sabiendo como sabes el modo de contrarrestarla: sacudes la cabeza y vamos, hombre, qué tontería, y ves cómo se aleja, se difumina avergonzada hasta convertirse en un recorte de periódico donde se habla de alguna famosa catástrofe aérea (hecatombe, la llamaron – lo recuerdas bien). Y ni aun así logra adquirir una cierta presencia, representarse como posibilidad, como presagio. Para ello necesitarías pensar que tienes un futuro, pero estás demasiado ocupado tratando de gestionar este aquí y ahora para pensar en preocuparte: no puedes dejar de achicar sensaciones, ahuyentar nubes borrosas de recuerdos, jirones del pasado,

torbellinos de imágenes sin estabilidad que se encadenan según una lógica implacable y absurda.

Algo te dice que, como un hombre que se halla en alta mar, en un bote con vía de agua, no puede dejar de accionar la bomba, así tú no puedes detenerte un momento, o la nada te engullirá. No sabrías justificarlo, ni hay tiempo para ello, pero es así el modo en que te sientes. A menos que – te distancias un algo de ti mismo, reflexionas – puede que no se trate de eso: tal vez se te haya averiado algún íntimo mecanismo estabilizador y tú estás dándole a la bomba como un idiota, compulsivamente, mientras el timón gira sobre sí mismo repitiendo la deriva que le marcan las olas.

Por un momento, la metáfora te atrapa. Sí, eso es, y te apasionas un instante intentando montar el endemoniado puzzle del bote, el timón, la bomba y la vía de agua, reparando los papeles, tratando de hallar la clave de articulación de todo el conjunto: la estupidez te acoge maternal. Luego, casi a la vez que chasqueas la lengua, el juego deja de interesarte y es la estupidez misma, desnuda, la que contemplas ante ti: inmensa como un desierto, con sus falsos oasis de palmeras de plástico y su rebaño de dunas cambiantes apacentadas por el viento.

Disponibile toda ella para ti: mi pobre niño, ven a Belén...

Agradeces el reposo que la indiferencia y el tedio traen consigo aunque sabes que el desasosiego volverá, que está volviendo ya. Y como un ventanal que de pronto se abre de par en par al empuje del viento, se te ocurre que la indiferencia y el desasosiego son como los dos polos de un mismo horror: este su aspecto activo, danzarín, malabarista de sables y antorchas en un circo terrible donde todo fluye; aquel su rostro pasivo, como la abotargada ascensis del faquir sobre su lecho de clavos – disciplina que denuncia la vanidad de toda apariencia, el carácter ilusorio de toda intensidad...

Te gustaría detener este pensamiento aquí porque parece que te acerca a la realidad de la que sientes que carece lo que te rodea, pero es inútil: se deshilacha en su punta extrema, se

pierde, se abre formando un árbol, una estrella, un laberinto. Se diversifica en mil variantes, a toda velocidad.

Se ha perdido ya: el ventanal ha vuelto a cerrarse y en la semipenumbra bailan de nuevo las sombras.

CERRAR LOS OJOS y echar la cabeza hacia atrás – contra el respaldo, contra el presente.

Alejarse, olvidar.

En camino hacia Santiago – te dices, como regresando, de nuevo ante los paneles que anuncian la salida de los vuelos en el aeropuerto, golpeándolos con los nudillos una y otra vez como quien llama a una puerta, esperando que se abra finalmente y poder salir de aquí...

Alejarse, olvidar.

En blanco.

Recordar o soñar: siluetas, racimos, enjambres de siluetas, perfiles en la sombra...

Se les vio aparecer un día, de entre la niebla, con el brillo de una extraña determinación en la pupila. Al principio eran sólo unos pocos, y algo desorientados – pero con el decidido dibujo de una determinación emplomada en las mandíbulas.

Fue así como sucedió, sí.

Se cuenta que venían atraídos por los ecos de una historia: la del caballero de Gaia que cayó con su caballo al mar, en Bouzas, mientras bafordaba en una fiesta. Milagrosamente, el caballero y su caballo salieron sin embargo a la superficie, indemnes, cubiertos de vieiras, y cabalgaron sobre las olas hasta una nave cercana donde algunos discípulos de Sant Yago, degollado por Herodes Agripa, transportaban su cadáver. Los discípulos reconocieron en este prodigio un signo de la voluntad de Dios y, desembarcando, decidieron dar allí sepultura al Apóstol evangelizador de Hispania.

Así lo cuenta la historia, que las sucesivas invasiones de los nómadas de las Estepas de Asia, empujados por los hu-

nos de Atila, las incursiones ocasionales de los vikingos y, más tarde y en plena expansión del cristianismo, la penetración de los guerreros del Islam, obligaron a mantener secreta su tumba.

Hasta que se olvidó su emplazamiento.

Pero, de un modo igualmente milagroso, hacia el siglo IX, unas misteriosas luces y otras señales portentosas revelaron de nuevo su lugar exacto: *Campus Stellae*.

Teodomiro, obispo de Iria Flavia, proclamó la noticia a los cuatro vientos.

Y pronto comenzó a vérselos aparecer de por entre la niebla, con vieiras en el chambergo y la escarcela, y la calabaza colgando del bordón. Venían guiados por las estrellas, movidos por vientos a menudo no exentos de locura, y se hicieron más y más numerosos conforme caía toda la noche del mundo sobre las tierras de Europa.

El fin del Mundo...

Eran ya un pueblo en marcha al cumplirse el Milenio, cuando según las profecías vencía el reinado de Cristo sobre la tierra: los mil años del Día de Dios. En otros lugares, florecían ya los primeros Mesías disidentes, los Salvadores de los Últimos Días, arrastrando tras de sí reatas de pobres y desamparados; así, los Pobres de Espíritu de Emmerich, conde de Leiningen, llevado por sus visiones al desastre intentando la conquista de Asia Menor; así Jacob, Maestro de Hungría, predicando la Cruzada entre pastores y boyeros, entregándose al pillaje de los bienes de nobles y eclesiásticos. O como los Flagelantes, surgidos de un oscuro lugar de Italia para extenderse luego por todo el Sur de Europa, por Alemania también, recorriendo sus rutas descalzos, medio desnudos, con el azote de cuero ensangrentado golpeando rítmicamente sus espaldas; como los seguidores del Tambor de Niklashausen, o los danzantes de San Vito, o los bohemios armados adeptos al Espíritu Libre...

Como ellos, los peregrinos jacobeos se pusieron también en marcha, aunque su camino no les condujera a la insurrección sino a converger, desde todos los puntos

de Europa, hacia el Lugar Santo – con el beneplácito de los bienaventurados hombres de bien y para beneficio de los bandidos.

OLEADAS DE NÓMADAS CRUZARON ASÍ EUROPA, como un río de hormigas surcando la arena camino del hormiguero, hacia la Tumba, indiferentes a todo y a todos – cruzaban el desierto, un inmenso desierto.

Fueron asaltados en los caminos, víctimas de enfermedades sin cuento, engañados o vejados por falsos peregrinos, presa fácil de posaderos sin escrúpulos, tunantes y fulleros, putas y saltimbanquis, o de las simonías del clero – y objeto de indagación siempre para alguaciles y escribanos.

Y pese a todo, siguieron cruzando el desierto, indiferentes, recogidos todos sus desasosiegos en un haz, sujetos en el puño de una sola decisión: el vuelo de su espíritu era el de una alondra ante el espejo.

Sus pisadas abrieron surco en la piel de la tierra.

Esos surcos que desde aquí se ven con tanta nitidez ahora, desde este punto preciso: entre el Camino de Santiago y la Vía Láctea. Desde aquí, suspendidos entre los afanes de la tierra y las estrellas, como encarnando y cumpliendo en un vuelo de avión el sueño de aquellos hombres – del modo siempre banal como el hombre suele cumplir sus sueños...

Desde aquí se ven ahora dibujados con una caprichosa precisión los caminos que obstinadamente abrieron siguiendo una sola voz, una llamada...

Deus, adiuvaa, Sancte Iacobe

Cruzaron cordilleras imposibles, tendieron mil puentes, construyeron iglesias e hicieron florecer un rosario de hospitales, herrerías y mesones.

Derrotaron mil veces a los lobos.

En Somport, excavaron un túnel bajo metros de hielo para cruzar el puerto, y desplegaron una galaxia de antorchas que guiaban al peregrino por la nieve, a través de la noche.

En Santa María la Real de Sangüesa, arrodillaron sus cuerpos y sus rezos sobrecogidos ante la estatua del Judas ahorcado, como en Burgos ante el Santo Cristo de Limpias – imagen viva de la que dicen que suda sangre y a la que le crece el pelo.

En Roncesvalles, recordaron al conde Roldán en la capilla de Sancti Spiritus, construida por Carlomagno sobre la roca que partiera Durindana, la indómita espada de su hijo. Y muchos aseguran haber oído más de una vez, en las noches de invierno, las voces dolientes de los Doce Pares confundiéndose con los aullidos de los lobos, y el eco del Olifante de Roldán: y tratan de describir sobrecogidos el timbre sobrenatural de aquel cuerno de marfil siciliano.

Como se escuchan aún en Carrión de los Condes rumores de una antigua afrenta y los galopes de las partidas del Cid, al compás de las serranillas del marqués de Santillana, Don Íñigo de Mendoza.

Acudían siempre a El Cebrero para adorar el Cáliz del Milagro, el Santo Grial, donde la hostia se convirtió en carne y el vino en sangre, donde ocurrió la historia de Wolfran que los bretones narran, la que luego encarnaría el Parsifal de Wagner – en El Cebrero, donde aún despunta en las cumbres cercanas el castillo de Balboa, la fortaleza legendaria de Klingsor...

Eran cautelosos también: evitaban con cuidado Triacastela y su cárcel de peregrinos, los negros frutales que se dibujaban contra el horizonte, aquí y allá, con su cosecha de ahorcados, las aguas venenosas de El Salado. Y no les faltaba piedad: nunca olvidaban dejar una hogaza de pan por entre los barrotes de las emparedadas de Santa Marta, en Astorga.

Y cantaban los Milagros de Santa María del Manzano, al pasar por Castrogeriz, o los de Santa María la Blanca, en Villasirga – tal como los contara Alfonso X el Sabio en sus *Cantigas*, o los hechos de Santo Domingo de la Calzada, donde la gallina cantó después de asada...

Y en Clavijo, el desafío de Ramiro I a Abderramán II,

negándose a pagar el infamante tributo de las cien doncellas, y la posterior batalla, y la aparición triunfante de Santiago Matamoros a lomos de un semental blanco.

¡Santiago y cierra España!

Finalmente, harán sus abluciones en Lavacolla, antes de la carrera por el ascenso al monte del Gozo y contemplar desde allí las torres de la catedral de Santiago, con el corazón entero en el anhelo de cumplir el rito y abrazar la imagen del Apóstol, el Sumo Peregrino.

A SU REGRESO, repitieron mil historias en hojas volantes y cancioneros, en mercados y mesones, e inundaron con ellas las largas noches del invierno de hierro europeo. Pusieron en comunicación los lugares más distantes, intercambiaron versos y costumbres, modelos institucionales y estilos artísticos – formaron, con su incesante nomadeo, la cordillera vertebral de Europa, sí.

A su regreso, contaron sus encuentros todavía bajo el efecto de la fascinación: sus lances con los bandidos, los mesoneros, los alguaciles – hablaron del frío y del calor, del hambre y de los lobos. Hablaron de los otros peregrinos, también: nobles y mendigos, santos, pícaros, estudiantes, clérigos gandules, vagabundos y penitentes.

Sí, así son, ésas son las gentes que habitan Europa, decían a su vuelta.

Unos coincidieron en el camino con el Cid, o con Fernán González; otros con la princesa sueca Ingrid y su cortejo, o con Isabel de Portugal, o con Juan Van Eyck, o con Raimon Llull.

A algunos les fue dado presenciar incluso los fastos del peregrinaje de los Reyes Católicos, o presintieron el de Luis Buñuel y su loca banda de comediantes, curas, putas y tullidos.

Otros fueron menos afortunados y se cruzaron a media noche con la Santa Compañía, la procesión de las almas del Purgatorio en su salida para anunciar la muerte de algún

vecino – todavía conservan el recuerdo del olor a cera, el rumor de los hisopos de agua bendita y un murmullo sordo como de rezos y plegarias...

O sorprendieron aterrados algún aquelarre, durante las noches de San Juan o San Silvestre – o fueron hostigados por el tardo, el genio de las pesadillas, o el tangaraño...

Sí, así son, ésas son las cosas que ocurren en Europa, decían a su vuelta.

ASÍ SE HA CONTADO, que cruzaron Europa a través de la niebla, indiferentes a todo y a todos, recogidos sus desasosiegos en el puño de una decisión. Escuchaban una sola voz, una llamada – de ahí, los rasgos terminantes que daban volumen a sus pasos, el brillo fijo de su mirada. La realidad no les solicitaba con mil requerimientos dispares – tenían un solo rostro y una sola voz: era un Mundo, y lo miraban cara a cara.

Era la misma mirada que guió a venecianos, mallorquines y portugueses a bordo de sus naves, la que les llevó a cabalgar los mares más encabritados. La misma llamada que les condujo en armas a Tierra Santa, al eco de las prédicas de Pedro el Ermitaño, acompañados por las canciones de trovadores y Minnesänger – durante siglos. Incluso los niños se levantaron en armas y cruzaron Europa guerreando, tratando de alcanzar Jerusalén y reconquistar el Santo Sepulcro – importa poco ahora que finalmente acabaran siendo vendidos como esclavos. Eran los mismos a los que se vio aparecer un día, entre la niebla, a bordo de sus naves: hombres de metal, a caballo, disparando sus armas de fuego contra los mexicas de Tenochtitlan, contra el Inga de Cajamarca y Cuzco – recorriendo estremecidos las desiertas, fantasmales ruinas de la civilización maya; persiguiendo iluminados la ruta de El Dorado, a través de la selva. Descabezaron los imperios indígenas y enquistaron sus instituciones en ellos, multiplicaron las encomiendas – impusieron la fe cristiana y los trabajos forzados. Tras los

hombres de armas, llegaron misioneros y comerciantes, nobles segundones, hombres de fortuna, expatriados, visionarios, negros esclavos, putas y buscones – todos convergieron hacia el Nuevo Mundo, como antaño hacia Santiago, llevando la medida común de los sueños y las codicias de la vieja Europa. Construyeron así, de nuevo, un Mundo con esos sueños y esas codicias – un Mundo que respondía a una sola voz y miraba con una sola mirada: un sueño, América.

¿Cómo no añorar ahora la sólida presencia de aquellos antepasados, su bárbara inocencia, la obcecación con la que construyeron su Mundo – en cuyas ruinas, qué queda hoy sino apocados herederos, comerciantes todos?

¿Cómo no añorar esa insolente decisión con la que salieron en busca de su destino, la salvación o la fortuna – sabiendo siempre qué debía hacerse, y haciéndolo?

¿Cómo no añorar esa única voz por la que se sentían llamados – ellos, que peregrinaron tanto?

¿Cómo no añorar su mirada fija, equidistante de la indiferencia y los desasosiegos – su ruda determinación?

Ante ellos ¿qué decir sino que ese centro parece estar-nos hoy vedado – que entre la blanca y abotargada indiferencia y el furor de los desasosiegos no cabe hoy sino el horror de estar vivos?

¿Cómo no...?

FANTASÍAS, FANTASÍAS – sólo fantasías.

Cambiar de frecuencia, detener la pendiente de este callejeo disparatado.

Apagar las luces del escenario y ahuyentar del tablado de marionetas a actores y figurantes.

Fuera.

Regresar al punto de partida: descender, retroceder.

En medio de la monotonía de tu noche interior, ¿qué ha sido ese algo que te ha hecho soñar? ¿Qué te ha hecho inventar esos paisajes, esas figuras: poblar la nada de esta

velocidad abstracta con los rostros y los afanes de un viaje que pudiera ser llamado humano?

Te remueves algo inquieto en el asiento sin poder alcanzar una respuesta adecuada.

Como un ventanal que de pronto se abre de par en par al empuje del viento, se te ocurrió que la indiferencia y el desasosiego son como los dos polos de un mismo horror, del mismo horror...

¿Qué ha hecho nacer en ti esa muda convicción de que si lograbas mantener esa ocurrencia te acercabas a la boca de salida de toda esta irrealidad que te rodea?

No, no hay respuesta.

Y sin embargo, has peleado por retener y proseguir esa brizna de luz, y has sentido frío y desánimo cuando definitivamente se ha desvanecido – y miedo, también has sentido algo como miedo y has echado a volar, a soñar.

Sabías que era inútil tomar nota, tratar de perseguir por escrito ese chispazo: la escritura es siempre tan parsimoniosamente sosegada que luego, al volver sobre el apunte, a buen seguro te hastiaría la trivialidad, la insulsa obviedad de lo escrito. Debes contentarte pues con repetir el enunciado como una fórmula de encantamiento – soplando sobre las brasas para que se reanime el fuego... La indiferencia y el desasosiego son como los dos polos de un mismo horror: a cada extremo, la blanca nada y todos los todos encabalgándose frenéticos aquí y ahora.

Y entre ambos, el horror de estar vivo...

Sí, ha sido como si ese horror mismo, o una parte de él, un cierto vuelco profundo de tu ánimo que te ha impuesto una sensación de inestabilidad y que ha logrado sosegar y sosegartte un algo nombrándose horror, o desasosiego, o miedo – te ha dictado medio en sueños su paisaje, sus contornos, y se ha ofrecido por unos instantes algo parecido a entorno habitable: una franja abrupta, pero nítida, entre la tierra atrapada por la niebla y el mar.

Sí, un lugar donde aposentar las huestes nómadas de todos los otros que son tú, plantar las tiendas y, sentados

alrededor de las fogatas, escuchar los cantos del aedo que hablan de los pueblos que habitan en la niebla, de los lancas que con ellos tuvimos y de otros de los que oímos hablar; del filo terrible, allá en el horizonte, donde acaba el mar, y de las naves que tragó el abismo, y de quienes lo vieron. De esta tierra difícil que la suerte nos ha ofrecido habitar – de este porqué de la suerte que llamamos destino, y de las exigencias del habitar...

Y entonces se ha hecho como una especie de paz al levantarse tan sólo una voz en medio de tu bullicio interior, y hasta los más hoscos, los más estúpidos y elementales de entre los tuyos han asentido silenciosos y fascinados: sí, sí, eso es – afirmaban balanceando ostentosamente la cabeza.

No importa entonces que sea ésta una tierra difícil, salpicada continuamente por el peligro; no importa incluso que a algunos les falle el valor... No importa porque son muchos quienes están dispuestos a dejarse transportar por los ejemplos de las canciones y templan y alimentan su ánimo con palabras como las que Ajax le dirige eternamente a Zeus, a los pies de la muralla de Troya: ¡Padre Zeus! Libra de la espesa niebla a los aqueos, serena el cielo, concede que nuestros ojos vean y entonces destrúyenos en la luz, si así te place.

Porque nada importa entonces – lo único que importa es ver.



Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual en los libros subvencionados con ayudas del año 2011.

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: agosto 2014

© Miguel Morey, 2011
© Galaxia Gutenberg, S. L., 2014
Ilustración de cubierta: © Arnau Alemany, Boulevard comercial, 1997

Conversión a formato digital: Maria Garcia
Depósito legal: B. 7797-2014
ISBN: 978-84-16072-77-4

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.